

12. PABLO ROSAL

(Barcelona, 1983)

Imponer confianza

Prohibir la entrada a bares y restaurantes si no se demuestra, certificado compulsado mediante, que se ha ido un mínimo de cinco veces al teatro el mes anterior. Abrir siete salas de teatro nuevas en ciudades de menos de cien mil habitantes y setenta y cuatro en las que superan el medio millón, exentándolas de cargas impositivas. Obligar a los bachilleres a escribir una obra de teatro como condición sine qua non para acabar sus estudios. Poner supermercados en los espacios teatrales para acercar al público. Difundir los estrenos teatrales como noticias de prioridad informativa. Hacer que el teatro mejore la salud de los ecosistemas marinos. Someter a los integrantes del Congreso de los Diputados a extenuantes sesiones de formación teatral con excelentes y muy severos docentes. Impedir que la gente se crea que tiene un criterio personal relevante mediante campañas de concienciación. Convertir a la crítica teatral en una exclusiva casta de doctas personas que con su amplia perspectiva global son capaces de situar, ordenar y conducir a la pasión y al interés dada cualquier obra de teatro. Decretar un obligado retiro individual a artistas que se dispongan a estrenar una obra para que evalúen la verdadera pertinencia ética y espiritual de su creación. Imponer rituales chamánicos de purificación y reencantamiento a todo el estamento funcional que dice trabajar para el teatro.

Estas sutiles y ajustadas medidas sin duda mejorarían la visibilidad del arte escénico, pero despertarían algún que otro recelo. El entrometido siglo XXI nos hace creer que él y sólo él y sus maneras son posibles. En su promesa de la facilidad y eficacia lo estrecha todo, reduciendo la realidad a un cálculo a descifrar. Sabemos que el Arte tiene otro tiempo, que necesita y crea otro tiempo, que no responde a las leyes del mercado, que busca la eternidad en todo. No es la tarea del Arte adaptarse al funcionamiento enfermado del mundo, no es el objetivo del Arte satisfacer el ansia triunfal del liberalismo. Cada vez que el Arte se adapta a la complejidad contemporánea se debilitan sus fuerzas. El Arte no es un estandarte de la confusión, no celebra la complicación estadística ni la desunión. El Arte es el lugar estable por antonomasia, sueño del origen común, inmenso e inmóvil, donde poder amar a la vida entera. No debemos claudicar, el Arte nunca dejará de ser algo difícil que requiere pasión y entrega, nunca esfuerzo, un relámpago que nos encuentra en la paciencia. No pretendamos sacar el Arte de los márgenes a los que pertenece con una supuesta integración de su actividad en la res pública: ¡es el Arte el que nos reintegra en la comunidad! Abandonemos esta endémica y enconada fragilidad de preguntar cada día para qué el Arte y cómo hacer para qué recupere un esplendor que no hemos conocido. ¡Para algo bueno que hacemos y lo ponemos en duda constantemente! Confiemos en los carteles, en el boca-oreja, en el peso y profundidad antiguas de estos espacios vacíos. Todo lo que no sea confiar no será Arte. Y enloquezcamos juntos de verdad, la directora del festival, el político de turno, la taquillera, la maquinista, el actor, la dramaturga.